

# Alberto Garzón

## ¿Quién vota a la derecha?

De qué forma el PP, Ciudadanos  
y Vox seducen a las clases medias



# Alberto Garzón

## ¿Quién vota a la derecha?

De qué forma el PP, Ciudadanos y Vox  
seducen a las clases medias

*ediciones península*

© Alberto Garzón Espinosa, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición: noviembre de 2019

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

Depósito legal: B. 20.070-2019  
ISBN: 978-84-9942-854-3

## ÍNDICE

Introducción	13
1. LA ECONOMÍA FRENTE A LA POLÍTICA	25
El descubrimiento de Adam Smith	30
Las perspectivas del capitalismo	40
La conquista de los derechos	52
La construcción del Estado social	60
2. LOS CAMBIOS EN LA PRODUCCIÓN Y EN LA VIDA	71
El compromiso keynesiano: la producción en masa	75
El neoliberalismo: la producción flexible	87
Desigualdad y crisis en el siglo XXI	95
El aviso del planeta	109
3. ESPAÑA EN LA ENCRUCIJADA	115
Una historia española del capitalismo	118
El lento desarrollo español	128
Las etapas de desarrollo	133
4. CÓMO VOTAN LAS CLASES SOCIALES	157
Valores y cambio cultural	159
El ascenso de la extrema derecha	172
Los partidos también votan	179

La extrema derecha española	183
El voto de clase en la democracia española (1986-2008)	190
El voto de clase en la democracia española (2015-2019)	198
Cómo se perciben las clases sociales	224
Conclusiones	229
<i>Addendum. LA VENGANZA DE LA CLASE</i>	245
La perspectiva marxista	254
La conceptualización de la clase: Max Weber	263
La conceptualización de la clase: Pierre Bourdieu	272
Notas	279

## LA ECONOMÍA FRENTE A LA POLÍTICA

Que hoy, a comienzos del siglo *xxi*, vivimos mejor que hace doscientos años parece una afirmación sólida. Creo que poca gente se atrevería a ponerla en duda. Desde luego, yo no lo haré. Gracias a la innovación tecnológica, a la producción científica y a nuevas formas de organización social, en la actualidad es mucho más difícil, al menos en los llamados países desarrollados, morir nada más nacer o morir de adulto siendo víctima de alguna enfermedad como el sarampión o la viruela. No olvidemos que en el siglo *xix* la esperanza de vida al nacer en Francia o Inglaterra era, aproximadamente, de tan solo 40 años —debido, en particular, a la alta tasa de mortalidad infantil—, mientras que hoy es superior a los 80 años. Aunque solo sea desde los parámetros de la salud, me parece indiscutible que vivimos mejor que antes.

En realidad, en múltiples dimensiones de la vida se han producido mejoras notables gracias a las innovaciones tecnológicas que han tenido lugar durante los dos últimos siglos. Y, además, este «progreso» ha sido espectacular en comparación con otras épocas de la historia. De hecho, en la mayoría de las dimensiones —espirituales, materiales, económicas...—, la vida de una persona en el siglo *iv* no era tan diferente de la de otra que viviera en el siglo *xiv*, como, en cambio, sí que ocurre entre alguien del siglo *xix* y alguien del *xxi*. En los últimos doscien-

tos años, los cambios han sido sencillamente monumentales: hemos dado un salto civilizatorio.

Desde el punto de vista de la ciencia económica, la razón que explica este fenómeno se llama capitalismo. Gracias a este sistema económico, hemos acelerado el ritmo de las innovaciones tecnológicas, con lo cual hemos logrado crear máquinas y nuevas formas de organizarnos que nos permiten incrementar en grandes proporciones la productividad. Por supuesto, antes de que existiera el capitalismo se habían dado muchos avances tecnológicos que hacían la vida también mucho más fácil. El control del fuego, la rueda, la agricultura o el molino de viento son algunos de ellos, e igualmente conllevaron incrementos de productividad muy grandes. Pero hasta la formación del capitalismo, nunca un sistema económico había conseguido crear una estructura de incentivos a la innovación tan poderosa.

La productividad es un concepto fundamental en economía, y es importante que comprendamos bien el papel que juega en nuestras vidas. Cuando se afirma que se incrementa la productividad, se está reconociendo que se ha aumentado la capacidad de producción por tiempo de trabajo. Y esto básicamente significa que en la siguiente ocasión podremos producir lo mismo que antes empleando menos tiempo de trabajo, de modo que ganaríamos tiempo de ocio, o que, alternativamente, podremos producir más que antes empleando el mismo tiempo de trabajo, y entonces ganaríamos en nueva producción.

Analicémoslo a través de un sencillo ejemplo. Supongamos que tenemos un modesto taller para la construcción de sillas y que nuestra capacidad de producción es de ocho sillas por una jornada de trabajo de ocho horas, es decir, de una silla por hora. Como somos creativos, con el tiempo inventamos una máquina que nos facilita la construcción de la silla, por lo que a partir de ese momento seremos capaces de construir dieciséis sillas por jornada, es decir, dos cada hora. Habremos

multiplicado por dos nuestra capacidad de producción: nuestra productividad se habrá incrementado un cien por cien. Por tanto, tendremos que decidir qué hacer con esta nueva situación. Las opciones son dos. La primera sería trabajar el mismo tiempo (ocho horas al día) y acabar la jornada con el doble de sillas producidas. Pero a lo mejor nadie quiere tantas sillas. La segunda sería seguir produciendo ocho sillas, aunque ahora sería posible hacerlo en solo cuatro horas. Es decir, en este otro caso, tendríamos de cuatro horas más que le habríamos ganado a la producción y que podríamos dedicar, por ejemplo, a la familia.

Obsérvese que este dilema, que emerge siempre que se incrementa la productividad, nos obliga a decidir en qué medida queremos aprovechar para trabajar menos y en qué medida queremos aprovechar para ser más ricos. Bajo el capitalismo, y por las razones que luego explicaremos, el tipo habitual y racional de respuesta es el segundo, es decir, un incremento de producción que es concebido como un incremento de riqueza.

Recapitulando, hasta la fecha el capitalismo ha demostrado ser un sistema económico muy eficaz en la multiplicación de la riqueza. A causa de su lógica interna (o, si se prefiere, del diseño de incentivos), ha promovido incrementos de la productividad que han comportado, a su vez, un crecimiento de la producción. Esta producción, al venderse, no solo ha proporcionado un bienestar material a sus compradores, sino que además ha generado suculentos beneficios para los vendedores. Parte de esos beneficios se han dedicado a la investigación de nuevas formas de incrementar la productividad, constituyendo así un círculo virtuoso que multiplica la producción y la riqueza aparentemente *ad infinitum*.

Sin embargo, y como veremos en este capítulo, no existe ningún automatismo que garantice que esa nueva riqueza creada se distribuye de manera equitativa entre toda la pobla-



ción. Ni siquiera existe un automatismo que garantice que esa riqueza se distribuye de forma eficiente, es decir, sin que acabe provocando algún tipo de catástrofe.<sup>1</sup> En realidad, aunque la tecnología nos proporciona cada vez más riqueza por estar incrustada en el modo de producción que es el capitalismo, la distribución de esta riqueza depende de factores también políticos. O, dicho de otra manera: las formas en las que regulamos la actividad económica determinan cómo distribuimos la riqueza generada. Desde este punto de vista, la innovación tecnológica es neutral; si es usada para el «bien» o para el «mal», dependerá de factores políticos.

Piénsese en el siguiente ejemplo. Las innovaciones tecnológicas de las últimas décadas han cambiado el modo en que vivimos y nos organizamos tanto individual como colectivamente. También ha cambiado la manera en que (nos) pensamos, es decir, han cambiado nuestros valores y cultura. Por ejemplo, la irrupción de las nuevas tecnologías informáticas, que permiten transmitir información a miles de kilómetros de distancia y en solo unos instantes, ha alterado tanto las formas de comerciar como las de relacionarnos con nuestros semejantes. Lo mismo usamos el teléfono móvil para mandar un mensaje a nuestra familia, que lo recibe en el momento esté donde esté, como para buscar un piso de alquiler, pedir un préstamo financiero o comprar acciones en bolsa. Desde esta perspectiva, que es la más extendida a efectos ideológicos, el avance tecnológico nos facilita la vida y posibilita que hoy tengamos un abanico de opciones prácticas mucho más amplio.

No obstante, también es cierto que es a través del móvil o el correo electrónico que una gran cantidad de personas reciben a diario avisos del jefe o jefa en los que se les exige cumplir alguna tarea fuera del horario laboral, incluso aunque esta no se considere legalmente como trabajo extraordinario y, en consecuencia, no se pague. Esto no solo les ocurre a quienes

trabajan fuera de casa (al menos ocasionalmente), que en España son casi un millón y medio de personas,<sup>2</sup> sino a mucha más gente. Desde luego, aquellos trabajos que se realizan desde casa, llamados «teletrabajo», son los más susceptibles de conllevar un cierto abuso, pues los horarios carecen de fronteras definidas. Pero más allá de este caso específico, es bastante habitual que los españoles se lleven el trabajo a casa de manera informal, aun en aquellos casos en los que su trabajo regular consiste en ir a una oficina. Y, por mucho que a menudo estas prácticas se ofrecen como una forma de mejorar tanto la productividad como la autonomía del trabajador, la Organización Internacional del Trabajo ha advertido que esta circunstancia es causa de unos mayores niveles de estrés y de insomnio.<sup>3</sup> Así, desde este otro punto de vista, una tecnología que en apariencia nos facilita la vida está provocando, en realidad, que tengamos una peor calidad de vida. Una paradoja que se explica por las formas en las que la política se relaciona con la economía o, mejor dicho, con el capitalismo.

Precisamente en este capítulo abordaremos cómo los conflictos políticos han modulado la manera en que la riqueza ha sido distribuida en nuestras sociedades occidentales. Los incrementos de productividad logrados bajo el capitalismo han multiplicado la riqueza, pero nada garantiza que ello mejore la vida de toda la población; en todo caso, mejora la vida de quienes ostentan el poder y pueden decidir qué hacer con la riqueza. Las demandas de otros grupos sociales, como la clase trabajadora, han ido encaminadas a intervenir en esas decisiones y lograr mejoras —ellos también— en sus condiciones de vida. Por eso en este capítulo veremos que lo que hoy llamamos «Estado social» o «Estado de bienestar» es el resultado, contingente e histórico, de enormes choques entre dos o más grupos sociales y sus distintas visiones acerca de cómo distribuir la riqueza. Ello nos permitirá abordar en el próxi-

mo capítulo los cambios que se han producido en las formas de trabajar, y, en consecuencia, prepararnos para comprender mejor los que han tenido lugar en la estructura social. En otras palabras: ver cómo las clases sociales han ido mutando como consecuencia de las transformaciones económicas y políticas de las últimas décadas.

#### EL DESCUBRIMIENTO DE ADAM SMITH

Adam Smith (1723-1790) es considerado uno de los fundadores de la economía política, y es, para el gran público, el principal icono del liberalismo y del capitalismo. Tanto es así que en 2007 se convirtió en el primer escocés representado en los billetes de la moneda inglesa, cuando el Banco de Inglaterra decidió imprimir su efigie en los de veinte libras. Smith es conocido sobre todo por su libro *La riqueza de las naciones*, un texto mucho más citado que leído, como ya recordaba en 1960 el historiador económico Mark Blaug (1927-2011).<sup>4</sup> Con «riqueza de las naciones», Smith se refería básicamente a lo que hoy llamaríamos «renta per cápita», es decir, el valor monetario resultante de la división de la riqueza producida por un país en un tiempo determinado entre su número de habitantes. Para que nos entendamos: la cantidad de riqueza que nos correspondería como habitantes de un país si dicha riqueza estuviera perfectamente repartida, esto es, si recibiéramos todos partes iguales. Para Smith, y como también sucede en la actualidad, esa cifra funciona como medida del nivel de bienestar de la población. En suma, a mayor riqueza, mayor bienestar.

La clave de este argumento está en identificar que una mayor producción posibilita un mayor bienestar, por lo que, según Smith, el esfuerzo de los gobernantes de un país debe-

ría encaminarse hacia la maximización de la producción. Ello podría lograrse de muchas maneras, por ejemplo, haciendo trabajar a todo el mundo mucho más tiempo; inventando máquinas nuevas que perfeccionen el trabajo de los trabajadores, o mejorando los modos en los que se organiza la producción para ganar en eficiencia. En todos esos casos la producción se incrementaría, que es lo que Smith recomienda.

No obstante, para el economista la verdadera causa del avance económico es la división del trabajo, es decir, la técnica que permite una mayor organización de la producción mediante el repartimiento de tareas. El pensador escocés comienza su libro con un famoso ejemplo que ilustra esa idea. De acuerdo con Smith, en la fabricación de alfileres «un trabajador no preparado [...] podrá quizá, con su máximo esfuerzo, hacer un alfiler en un día, aunque ciertamente no podrá hacer veinte», mientras que, cuando esa actividad se ha dividido en tareas ejecutadas por distintas personas —una para estirar el alambre, otra para enderezarlo, otra para afilarlo, otra para limarlo, y así de forma sucesiva—, entonces entre todos podrían llegar a fabricar cuarenta y ocho mil alfileres. Esa mayor producción es el resultado, por lo tanto, de la división del trabajo. Smith identifica tres causas por las que la mayor producción se vincula con esta división del trabajo. En primer lugar, el trabajador mejora su destreza al repetir siempre la misma tarea. En segundo lugar, cuando no hay que desplazarse de un sitio a otro, se aprovecha mejor el tiempo. Y, en tercer lugar, cuanto más se concentra alguien en una tarea, más probable es que esa persona descubra algún truco (un invento, o sea, progreso técnico) para hacer el mismo trabajo en menos tiempo.<sup>5</sup> En definitiva, la división del trabajo conduce necesariamente a producir más en el mismo tiempo, lo que significa incrementar la productividad y, por lo tanto, dice Smith, también el bienestar.

Obsérvese que este caso hace referencia a un ámbito laboral concreto (la fabricación de alfileres), pero podría extrapolarse a la fabricación de automóviles, realizada entre muchas más personas (como ingenieros, chapistas, electricistas, trabajadores manuales, comerciales, etc.), la oferta educativa de un colegio (da pereza solo imaginar que fuera la misma persona quien abre el colegio, lo limpia, da clases de todas las asignaturas, escribe los libros de texto, organiza los horarios y realiza el resto de las tareas vinculadas a la enseñanza) o cualquier otro. Podríamos incluso ir más allá del nivel local y pensar, por ejemplo, en cómo se distribuyen las tareas productivas entre regiones de un mismo país o economías nacionales. Eso es lo que sucede cuando se dice que un país o región se ha especializado en la exportación de algún tipo de producto. Cuando hablamos en esos términos, nos estamos refiriendo a la división internacional del trabajo o a la división regional del trabajo.

De hecho, para Adam Smith la eficacia de la división del trabajo está limitada por la expansión del mercado, de tal manera que cuanto más amplio es el ámbito de las relaciones abarcadas por la producción, más producción puede hacerse en el mismo tiempo. Para visualizarlo mejor podemos pensar en la producción de un teléfono móvil, en la que están implicadas, entre otras tareas, la de la extracción del mineral en África, la del diseño del *software* informático en América del Norte o la del ensamblaje de todos los materiales en Asia. En cambio, si todas esas tareas se llevaran a cabo en el mismo lugar, entonces la producción de teléfonos móviles sería mucho menor o, alternativamente, la unidad de cada uno de esos productos sería mucho más cara. De ahí que Adam Smith —y toda la tradición liberal posterior— haya defendido que cualquier obstáculo a la división del trabajo es también un obstáculo a la productividad y al bienestar de los ciudadanos. En conclusión, para Smith hay que expandir el mercado para que siga ampliándose la productividad.

No obstante, cualquiera podría —y debería— preguntarse cuál es el motor real de todo esto, es decir, quién activa la división del trabajo. En realidad, Smith sostiene que la división del trabajo es algo que está inscrito, de alguna forma, en la naturaleza del ser humano. Él entiende que intercambiar productos y, por lo tanto, comerciar es inherente a nuestras sociedades. Pero, además, él cree que bajo el capitalismo existe una fuerza coercitiva que obliga a todos los individuos en el mercado a competir unos contra otros, asumiendo tanto riesgos como oportunidades. Según este punto de vista, solo por el hecho de participar como productores en el mercado ya estamos obligados a comportarnos buscando maximizar el beneficio económico. Esto constituye la clave de bóveda del pensamiento de los economistas clásicos, y es central que lo aprendamos bien porque nos va a permitir comprender muchas cuestiones acerca del funcionamiento real del capitalismo. Se trata de lo que a menudo se ha llamado «coerción de la competencia». Veámoslo con un ejemplo.

Supongamos que nosotros compramos el pan en la panadería tradicional de nuestro barrio, y que cierto día alguien monta una nueva panadería, más moderna y con mejores máquinas, relativamente cerca. Ahora las dos panaderías deben competir sin cesar para conseguir lo que se denomina «cuota de mercado», equivalente aproximado al término común «clientela». La forma más habitual de competir es ofrecer un producto más barato, y, como la panadería moderna ha traído mejores máquinas, lo más seguro es que produzca más panes por hora. Eso significa que la panadería nueva puede ofrecer el pan más barato, pues le cuesta menos tiempo hacer una unidad de pan. Si la panadería tradicional se confía y no actualiza sus máquinas, es probable que, transcurrido un tiempo, los clientes acaban acudiendo a la que ofrece el producto más barato y, al final, solo sobreviva una panadería en el barrio. En nuestro

caso, lo presumible es que la panadería moderna acabe sustituyendo a la panadería tradicional. Lógicamente, si la panadería tradicional quiere sobrevivir, entonces necesita mejorar su producto, ya sea invirtiendo en nuevas máquinas, bajando los salarios de sus trabajadores, o incluso aumentando la calidad del producto (que no es el pan nada más, sino también la atención al cliente, entre otros elementos). Para la continuidad de su negocio, pues, tiene varias opciones, aunque lo importante aquí es que ambas panaderías están ya bajo el control de una fuerza invisible que las obliga a actualizarse continuamente si quieren sobrevivir. Así es como funciona la competencia bajo el capitalismo: empujando a todos los actores que están en el mercado a ofrecer mejores productos —por lo general, a partir del criterio del precio— que sus rivales.

Este mecanismo que «obliga» a todos los actores fue denominado por Smith, de forma metafórica, la «mano invisible», aunque él apenas usó el concepto un par de veces a lo largo de su obra. Con esa idea, el pensador sugería que existe un dispositivo que coordina la búsqueda de beneficios de unos —sus intereses privados— con la satisfacción del resto —el bienestar colectivo—. Según la conocida explicación de Smith, si al final del día, durante la cena, tenemos en la mesa pan, cerveza y carne, no es porque el panadero, el carnicero y el cervecero hayan sido generosos con nosotros, sino porque han producido para vender y ganar un beneficio. En nuestro ejemplo, esa idea se correspondería con la de recordar que es el instinto de supervivencia de las panaderías lo que hace que estas tengan un producto más barato o de mejor calidad: la fuerza de la coacción de la competencia las obliga, no su altruismo.

Esto que acabamos de describir es lo que en muchas ocasiones llamamos «lógica del capital», la misma que provoca que el capitalismo opere como un sistema con capacidad casi infinita de expansión. Piénsese que las panaderías de nuestro ejemplo

no centran su actividad en satisfacer nuestras demandas de pan, sino que están obligadas a poner toda su energía en no ser derrotadas por la panadería rival. Como ambas necesitan modernizarse sin cesar, deberán reservar una parte de los beneficios con el objetivo de invertirlos en nuevas máquinas, nuevos trabajadores o aquello en lo que quieran basar su estrategia competitiva. Aun cuando lo hayan logrado durante un tiempo, no podrán dejar de invertir nunca: siempre estarán en peligro. Por eso es que a menudo se dice que el capitalismo es como una bicicleta, porque, al igual que nunca puedes dejar de pedalear si no quieres caerte, en el capitalismo hay que acumular beneficios y reinvertirlos de manera continua si no se quiere entrar en crisis. Marx ironizó esta cuestión exclamando: «¡Acumulad, acumulad! ¡He ahí a Moisés y los profetas!».<sup>6</sup>

Este mecanismo no solo impone su lógica a los actores que ya participan en el mercado, sino que también amenaza con extenderse a otros ámbitos. En este sentido, esta lógica es colonizadora de todas las dimensiones vitales y de todos sus objetos. De hecho, bajo el capitalismo, esta lógica también es aplicable al ser humano. En efecto, aunque el ser humano no haya sido creado para ser vendido (como ocurre con cualquier mercancía), en el marco del capitalismo somos tratados como si efectivamente lo fuéramos. Somos mercancía ficticia,<sup>7</sup> y la lógica capitalista nos impone unos determinados tipos de comportamiento. Por ejemplo, la mayoría de nosotros no tenemos medios de producción para vivir de ellos, y, en consecuencia, necesitamos buscar un trabajo, es decir, ofrecer nuestras capacidades a alguien que nos pague por ellas. Como resultado, entramos en un mercado de trabajo y competimos con otros trabajadores bajo la misma lógica con la que las dos panaderías se disputan su cuota de mercado. Así, si nuestros competidores tienen estudios superiores, nosotros también debemos tenerlos; si nuestros competidores saben inglés, nosotros debemos



saberlo igualmente, y así de forma sucesiva. En el sistema capitalista, no solo las mercancías son mercancías, sino que también lo son la tierra, el dinero, el conocimiento y las personas. Nada ni nadie está a salvo de ser mercantilizado.

Y aún hay más, ya que la coerción de la competencia obliga a buscar nuevos recursos y espacios geográficos con los que ganar al rival. Karl Polanyi (1886-1964) cuenta un ejemplo magnífico en su obra *La gran transformación*. Cuando los ingleses llegaron a sus colonias en Asia y África, se encontraron con muchos pueblos y tribus que se organizaban de acuerdo con principios no mercantiles: ellos decidían qué producir, cómo distribuir y cómo consumir según sus principios sociales. Estos pueblos tenían unas necesidades limitadas, y lograban satisfacerlas gracias a los recursos del entorno. Cuando los ingleses los *invitaron* a trabajar a cambio de un salario, los primeros se negaron. Como es lógico, no lo veían imprescindible ni racional, puesto que ya tenían todo lo que necesitaban. En términos económicos, puede decirse que en esa situación no existe mercado: las personas no se ofrecen en venta por un salario y, por lo tanto, no hay trabajadores. Para lograr quebrar la voluntad de estos pueblos, los ingleses decidieron talar los árboles de pan, el recurso nutritivo principal de esas tribus. Lo que estaban haciendo los ingleses era crear escasez de manera artificial. Además, junto con esas medidas impusieron tasas e impuestos sobre las chozas. Todo ello tenía un único objetivo: crear un mercado de trabajo empujando a las personas de las tribus a venderse como trabajadores para evitar la penuria y el hambre. Desde ese momento, las personas de esas tribus se convirtieron en trabajadores libres que formaban parte del sistema. Por su lado, las empresas inglesas pudieron seguir expandiéndose, pues habían ampliado el mercado y ganado nuevos trabajadores que producían para ellas. Todo esto no se hubiera logrado sin la participación del Estado o el poder

político, pero detrás de las bambalinas se escondía la presión por la acumulación de capital.

Este caso es uno más entre los millones que hay disponibles. Los famosos *enclosures* o cercamientos ingleses del siglo XVIII consistieron en privatizar, en beneficio de los terratenientes, las tierras comunales de las que hasta entonces se abastecían los campesinos. Como consecuencia, estos se vieron obligados a trabajar para los propietarios de las tierras, de forma similar a lo que más tarde sucedería con los miembros de las tribus de los árboles de pan. Una vez se ha puesto en marcha la lógica del capital, la sed de acumulación de capital privado es insaciable. Aunque esa misma lógica se percibe también cuando las grandes empresas privadas de sectores como la sanidad, la educación o la energía (por citar tan solo algunos ejemplos) maniobran para quedarse con el *botín* de los servicios públicos. La lógica que opera en este caso es la misma, y la privatización es precisamente lo que David Harvey (1935) ha llamado «acumulación por desposesión».

Nótese que esta lógica del capitalismo (a menudo referida como «mercado», «libre mercado», «capitalismo», «*laissez-faire*», «mano invisible», «coerción de la competencia», etc.) se expande como un virus en un cuerpo humano. En efecto, no hay objetivo sustantivo, ni tampoco se trata de un ser vivo; la única «obsesión» de estas entidades es poder reproducirse en el tiempo, infectando todo a su paso con su lógica e imponiéndose para superar cada uno de los obstáculos que van surgiendo. No es casualidad que algunos autores hayan descrito este rasgo del comportamiento como el «dominio ecológico» del capitalismo, esto es, como su «capacidad para imprimir su lógica de desarrollo al funcionamiento de otros sistemas». <sup>8</sup> El establecimiento de frenos, trabas, límites o regulaciones es, de hecho, una batalla eminentemente política. Y no en vano la construcción del Estado social o Estado de bienestar fue

—y es— un obstáculo a esta lógica capitalista, pues reserva del mercado bienes y servicios que podrían servir para incrementar las ganancias del capital.

Piénsese también que la lógica del capital no puede sobrevivir sin la existencia, entre otros factores, de una población humana que se reproduzca socialmente, la cual debe estar en disposición de ser empleada como mano de obra en un proceso productivo para la acumulación de capital. Los economistas clásicos sabían que no tenía sentido explotar «demasiado» a los trabajadores, ya que de sobrepasar cierto nivel, iban a provocar su muerte o la de sus familias y, con ello, la ausencia de trabajo (fuente de la riqueza). Así, lejos de ser mercancías reales, los seres humanos somos parte de una comunidad que tiene descendencia, cuida a sus familiares y mantiene relaciones en general que le dan estabilidad vital y que conforman, en última instancia, un prerequisite para que la producción exista. Dicho de otra forma: los cuidados son un elemento central de la vida previo a la producción. Sin embargo, la lógica del capital pone en peligro tanto la reproducción social humana como la vida en el planeta al avanzar implacablemente en la destrucción de los cuidados y del medio natural. Desde este punto de vista, la lucha de la clase trabajadora —hombres y mujeres— no ha surgido solo con el fin de ganar algo más de salario, sino como un modo de defender la vida misma.

Como ha expresado Nancy Fraser, existe una tensión permanente entre la lógica del capital y la vida: «Por un lado, la reproducción social es una de las condiciones que posibilitan la acumulación sostenida de capital; por otro, la orientación del capitalismo a la acumulación ilimitada tiende a desestabilizar los procesos mismos de reproducción social sobre los cuales se asienta».<sup>9</sup> Según veremos más adelante, las instituciones que se han levantado contra la lógica del capital, entre las que se encuentra el Estado social, han pretendido, con todas sus

contradicciones, proteger determinadas instancias sociales, como los cuidados, que están permanentemente amenazados por la lógica del capital.

Volviendo a Adam Smith, podemos concluir que la división del trabajo incrementa la productividad y permite el crecimiento de la riqueza de un país. Pero la división del trabajo también es causa de la estructuración de la sociedad en clases sociales cada vez más diferenciadas en función de su papel en el proceso productivo. Eso es lo que llevaría a los economistas clásicos a preocuparse por cómo las clases sociales (en su época, la de los terratenientes, la de los capitalistas y la de los trabajadores) afectaban al crecimiento económico, es decir, a lo que nosotros hemos llamado aquí «acumulación». El análisis de los economistas clásicos sirvió para identificar el capitalismo como un sistema económico con unas reglas definidas que introducen una serie de incentivos (la competencia), los cuales, a su vez, estimulan y obligan a los actores económicos (las empresas, entre otros) a una forma determinada de comportamiento (la búsqueda del beneficio económico), y es gracias a esas lógicas que se obtienen ganancias de productividad, lo que significa una mayor producción en el mismo tiempo y, por lo tanto, un mayor bienestar material para la sociedad. Todo parece encajar en un sistema progresivo que avanza irremediabilmente hacia el crecimiento de la producción y el bienestar de la sociedad.

No obstante, como hemos visto con algunos ejemplos, nada de eso se puede lograr sin costes, y el propio Smith reconoció también el lado negativo de la división del trabajo. Él admitía, por ejemplo, que dicho sistema acababa reduciendo al ser humano a una simple bestia productora. Aun así, Smith pensaba que los aspectos positivos de la división del trabajo como motor del crecimiento económico y del bienestar material eran superiores a estos elementos negativos.

LAS PERSPECTIVAS DEL CAPITALISMO

Partiendo de la descripción que acabamos de detallar, podríamos imaginar un sistema económico que, a pesar de suponer algunos costes, evolucionara hasta llegar a un punto en el que todas las necesidades quedaran satisfechas y en el que se exigiera muy poco tiempo de dedicación al trabajo. Al fin y al cabo, si hay mejoras continuas de la productividad, significa que podremos producir lo que necesitemos en mucho menos tiempo. Y, de hecho, han sido varios los que han creído en esta utopía singular.

El economista John Maynard Keynes (1883-1946) escribió en 1930 un alegato a favor de este futuro para el capitalismo. Lo irónico del asunto es que lo redactó en mitad de la peor crisis económica que había vivido el sistema económico, la conocida hoy en día como Gran Depresión, y justo cuando el nivel de desempleo se disparaba hasta niveles otrora desconocidos. Pero Keynes, que conocía los fundamentos del capitalismo, defendía que aquello que se estaba experimentando (él lo denominó «desempleo tecnológico») tenía un carácter temporal, pues era consecuencia del hecho de que el desarrollo técnico estuviera siendo más rápido que la absorción de la mano de obra. Más concretamente, Keynes explicaba que las máquinas estaban sustituyendo a los trabajadores en determinadas tareas que antes solo podían desempeñar los seres humanos, pero que la sociedad todavía no había encontrado la manera de dar una alternativa a los que se quedaban sin empleo. Sin embargo, decía Keynes, tarde o temprano aquellas deficiencias serían corregidas y podría verse con más claridad la tendencia de fondo del capitalismo, que apunta siempre hacia un mundo de bienestar material y de mucho tiempo para el ocio.

Keynes observó que, pese al extraordinario crecimiento de la población mundial durante el siglo xx, se había cuadruplicado

el nivel de vida en Estados Unidos y Europa. Además, recordaba que «los avances técnicos en fabricación y transporte se han desarrollado a un ritmo mayor durante la última década que nunca en la historia», de tal manera que pronosticaba que «en pocos años —en el plazo de nuestras vidas, quiero decir—, podríamos llevar a cabo todas las operaciones de la agricultura, la minería y la fabricación con la cuarta parte del esfuerzo humano al que hemos estado acostumbrados».<sup>10</sup> Esa predicción suena hoy sorprendente. No hay que olvidar que la jornada laboral de ocho horas diarias (cuarenta y ocho semanales) fue aprobada en España en 1919, antes de que Keynes redactara su escrito. La reducción de la jornada laboral a una cuarta parte, como predijo el economista inglés, supondría disponer hoy, a diez años de cumplirse la fecha prevista (un siglo), de máximos laborales de dos horas diarias o de doce semanales. Aunque queda tiempo, parece inverosímil que Keynes acierte con su vaticinio.

En realidad, el texto de Keynes no es de ningún modo absurdo. Como tantos otros antes y también después que él, el economista se estaba dando cuenta de que el capitalismo estaba creando las capacidades productivas suficientes para acabar con las penurias que a lo largo de miles de años habían asolado a la humanidad, y sostenía que esa liberación en relación con las necesidades más básicas (el hambre, la pobreza, la enfermedad...) nos permitiría comprender que habíamos sido «habitados durante mucho tiempo a esforzarnos y no a disfrutar».<sup>11</sup> Luego añadía: «Por primera vez desde la creación, el hombre se enfrentará con su problema real, su problema permanente: cómo usar su libertad respecto de las preocupaciones económicas, cómo ocupar su ocio, que la ciencia y el interés compuesto habrán ganado para él, para vivir sabia y agradablemente y bien».<sup>12</sup> En resumen, Keynes estaba convencido de que el capitalismo posibilitaría la satisfacción de las necesidades más básicas en todo el mundo a través de un proce-

so progresivo, que según él ya había comenzado, aunque aquel momento concreto, la Gran Depresión, dificultara verlo. La tendencia era clara e iría beneficiando en mayor medida a unas clases que a otras, pero al final la sociedad como un todo no requeriría tanto tiempo de esfuerzo y dispondría de muchas más energías para el ocio.

El trasfondo filosófico de esa idea era muy poderoso, y estaba mucho más extendido de lo que nos puede parecer en la actualidad. Se trataba, de hecho, de un pensamiento propio de la modernidad, esto es, del tiempo histórico que sigue a la revolución científica y a la Ilustración. Estamos hablando de la fe en el progreso, entendido este como aquel concepto que «sostiene que la humanidad ha avanzado en el pasado —a partir de una situación inicial de primitivismo, barbarie o incluso nulidad— y que sigue y seguirá avanzando en el futuro».<sup>13</sup> De hecho, quizá no haya una noción más representativa de la modernidad que la de «progreso». Entre 1750 y 1900, el progreso pasó a convertirse en la base del pensamiento dominante, aunque ahora ya separado de Dios y convertido en un proceso histórico movido por causas naturales. Como dijo el sociólogo Robert Nisbet (1913-1996), desde mediados del siglo XVIII «hay un manifiesto deseo de liberar el progreso de toda relación con la Providencia», y a lo largo de ese período «todos los sistemas filosóficos y de ciencias sociales tratan primordialmente de demostrar la realidad científica del progreso humano y de las leyes que lo convierten en un principio necesario».<sup>14</sup> En efecto, durante siglos los descubrimientos científicos, tanto en el conocimiento abstracto como en la ciencia aplicada, habían vuelto dominante la idea según la cual la sociedad humana avanzaba de manera irremediable por la vía del progreso. Y Keynes pensaba, como hemos visto, que esa vía conducía a un tiempo de ausencia de privaciones elementales y, sobre todo, de mucho tiempo libre.